

CONMEMORACION
DEL 12 DE OCTUBRE
EN MALLORCA

1960

097/003, 003

*Texto del discurso pronunciado, el día
12 de octubre de 1960, por el Excelentísimo
Señor Ministro de Asuntos Exteriores,
DON FERNANDO M.^a CASTIELLA,
en Palma de Mallorca, con ocasión de la
FIESTA DE LA HISPANIDAD.*

Hace tres años, en esta fecha, conmemoramos la Fiesta de la Hispanidad en las Islas Canarias, avanzada española sobre el Atlántico en la que parece que está ya prefigurándose, de manera inmediata y cercana, la tierra juvenil de América. Hoy, como si hubiéramos remontado el curso de la historia, nos encontramos aquí en Mallorca, la Balear Mayor; la viejísima isla del sol, ilustre roca mediterránea y antigua que fué recalada del griego y del fenicio; colonia de Roma; Medina-Mayorka, cabeza de un imperio árabe y, al fin, centro de un enorme arco español que llenó de nuestra presencia y nuestro recuerdo las tierras y las costas del Mediterráneo durante siglos.

Tal vez la turbada situación internacional, tan cargada de presagios oscuros en estos días, haga oportuno que hayamos venido aquí, a la Isla de la calma, a este rincón cuyo nombre sugiere a todos el sosiego y en cuya paz podamos meditar un instante sobre los graves problemas que cercan al mundo y afectan, por tanto, a nuestra comunidad.

**Conciencia
histórica.**

Por eso, me parece que en un día como el de hoy, sentir en dónde estamos, de dónde venimos y qué genio o qué fuerza emana de esta tierra mallorquina que pisamos, no es simple retórica oratoria sino un acto de conciencia histórica. Y esta palabra, conciencia, es una de las claves de la Hispanidad, del comportamiento hispánico en el mundo, y una de las grandes necesidades de nuestro tiempo.

La historia americana fué hecha, sobre la marcha vibrante de sus autores, con un profundo sentido de la empresa que habían iniciado. Esta es la explicación de la pléyade de notarios, poetas, cronistas e historiadores que asisten al nacimiento de América; de las cartas de relación de los Conquistadores y de los memoriales de Adelantados y Virreyes. Todos se daban cuenta de lo que hacían y, siendo gentes con un fabuloso ímpetu hacia el futuro, tenían un profundo conocimiento y respeto por el pasado.

Con la intuición de los poetas y con unas palabras que resumen el milagro del espíritu, vencedor de las distancias físicas y de las lejanías en el tiempo, un visitante de Mallorca, el gran Rubén Darío, lírico de la Hispanidad, en cuyas venas corría morena sangre de indio chorotega, había dicho al borde de estas aguas transparentes, con la alegría de un reencuentro que él debía a España:

“Aquí, junto al mar latino,
digo la verdad:
Siento en roca, aceite y vino,
yo mi antigüedad”.

Pues bien, a orillas de este mar —“*sagrado mar de España*” gongorino—, sintamos hoy todos nuestra común antigüedad, en esta isla llena, a través de su historia, de esencias hispánicas y de ímpetus ultramarinos y en la que todo hispanoamericano deberá percibir bien claramente su filiación más noble. Y, parafraseando a Rubén, digamos también aquí, nuestra verdad que hoy no es sólo la verdad de nuestro origen sino también la de nuestro presente en la grave encrucijada histórica en que estamos.

¿Qué sucede en Iberoamérica? Como tantas veces en la Historia, los acontecimientos dramáticos que vivimos no hacen más que poner de relieve situaciones y tendencias que vienen del pasado. Durante años ha sido evidente que en el gran Continente americano que vosotros representáis se estaba gestando una crisis de características profundas y de alcance muy dilatado.

¿Qué sucede en Iberoamérica?

En tres ocasiones anteriores y similares a ésta que hoy nos reúne, creo recordar haber señalado el fenómeno e incluso puntualizado algunas de sus causas. No tenía ello por mi parte mayor mérito. La voz de la sangre, mi permanencia durante años en vuestras tierras y el haber compartido con las nuevas generaciones españolas el interés por América tenían que asociarme lógicamente a vuestra común inquietud.

América olvidada.

Durante estos últimos lustros, el mundo ha vivido en desconcierto y angustia casi permanentes ante las crisis que, con urgencia dramática, iban surgiendo, una tras otra, en los más diversos lugares del planeta: Indonesia y China; el golpe de Praga y el ataque a Grecia; Berlín y Corea; Indochina; Chipre, Hungría y Suez; Argelia; Irak y el Líbano; el Congo y tantos nombres de nuestra convulsa geografía han sido problemas acuciantes que absorbieron la atención de las gentes y de los gobiernos. América en paz, medianamente enriquecida durante la última guerra, no era problema para nadie. Las grandes potencias confiaban en una calma superficial, olvidando un Continente que parecía feliz. Ocasionalmente, una revolución o un cambio de gobierno atraían la curiosidad sensacionalista de las masas que sólo vibran ante los grandes titulares periodísticos. Pero, apagado el fugaz interés que despertaba el suceso, todos volvían a su indiferencia.

Problemática de un continente.

Nos duele pensarlo, pero ha sido preciso que, en el juego actual de las grandes potencias, una de ellas intente penetrar en lo que se consideraba la esfera de influencia de otra para que, inesperada y conminatoriamente, se plantee, ante el asombro de muchos, la problemática de todo un Continente que exige por propio derecho la atención que merece y el puesto en el mundo que le corresponde.

Estamos hoy frente a una profunda sacudida producto de la aspiración de los pueblos a una más directa participación en la dirección del quehacer comunitario y en los beneficios que la técnica acumulada pueden aportar a la vida individual. Igual que los viajes de Colón anunciaron la llegada de un nuevo tiempo, prefiguran hoy los vuelos espaciales una nueva Edad, un ritmo humano diferente y una acomodación social que esté con ella en consonancia.

Pero el sentimiento de rebeldía que aflora en las masas, el deseo de un mayor respeto y consideración que demandan los débiles frente a los fuertes y el riesgo que todo cambio —al alterar un orden previo— lleva consigo, son utilizados y espoleados con fines puramente de poder por el comunismo internacional al servicio de los designios imperialistas de la Rusia soviética. Y lo que es justo en su origen y legítimo en su planteamiento, se tuerce y envilece al servir, consciente o inconscientemente, a esa aspiración de dominio verdaderamente colonialista, en el peor sentido de la palabra.

Permitidme, señores, que lo diga con franqueza. El problema de Hispanoamérica es, en el fondo, el problema del mundo. El 12 de octubre de 1958, en Madrid, tuve ocasión de explicar así mi preocupación por este mismo tema: *“La disyuntiva para nuestros pueblos es clara: O incorporarnos —con los sacrificios que sean necesarios— a la*

marcha acelerada del progreso técnico, salvaguardando así nuestro credo y nuestra libertad, o dejar que las masas caigan sin remedio en las redes de la demagogia comunista". En los dos últimos años ha vivido Hispanoamérica esta experiencia de una manera evidente y ha tenido que contemplar la trágica paradoja de que el comunismo haya izado no solamente la bandera de la justicia social, sino también la de la dignidad nacional, que nunca había sido suya. Es urgente que estas dos reivindicaciones, la social y la nacional —como tantas veces ha proclamado S. E. el Jefe del Estado español— no estén en manos ajenas sino que sean, reunidas y al servicio de los altos valores del espíritu, guía y objetivo político de nuestros pueblos.

Reconozcamos, no obstante, que el comunismo ha hecho al nuevo Continente el gran servicio de mostrar a todos lo que para nosotros estaba claro desde hace tiempo. Hay quienes sólo actúan frente al estímulo directo que suponen la amenaza o la agresión. Por ello, el momento no puede ser más propicio para intentar encontrar soluciones a los problemas planteados. Hoy Iberoamérica —esa gran comunidad que agrupará seiscientos millones de hombres a finales de siglo— tiene la posibilidad de hacerse oír.

Crisis de un sistema económico y social.

Desde el punto de vista económico, los males de Hispanoamérica no parecen de difícil diagnóstico: el capitalismo industrial creyó necesario mantener determinadas

zonas donde las materias primas se produjesen a precios económicos y donde, a su vez, con espíritu de lucro, se pudieran ir invirtiendo los excedentes de capitalización, contando con que se garantizase un beneficio y un determinado grado de orden y estabilidad social. Ello había de conducir necesariamente a determinadas estructuras económicas y sociales que a su vez cuajaron en sistemas políticos concretos.

Pero el afán de mejoramiento de las masas, la creciente industrialización de vuestros países, su incipiente capitalización y las perturbadoras repercusiones en su estabilidad interna de las variaciones de los precios internacionales de las materias primas, tenían que conducir a una inestabilidad que amenazase los cimientos de todo el sistema. Lo que en su origen pudo ser un mero problema económico, un desajuste en el funcionamiento de una economía de mercado, se transforma en una crisis política que afecta profundamente a toda vuestra sociedad.

El comunismo decide entonces intervenir. Ello implica un reto a las concepciones del mundo occidental y exige en Hispanoamérica, como en otros lugares, una inmediata reacción. Frente a las diferencias económicas existentes entre los países altamente industrializados y los que no lo están, se impone, para éstos, una política de elevación de los niveles de vida. Frente a las inversiones de capital ex-

Respuesta al reto comunista.

cedente con afán lucrativo, se impone una política de inversiones dirigidas a transformar la estructura económica de los pueblos menos desarrollados. Frente al viejo concepto del comercio internacional, se impone la necesidad de fijar, en ocasiones, unos precios políticos, transportando al campo de los intercambios económicos los sacrificios que los pueblos, deseosos de mantener su rango en el mundo, han venido haciendo para los gastos militares. Y frente a la inestabilidad del precio de las materias primas, se impone, como dije el año pasado en Santiago de Compostela, *“una estabilidad de los precios de ciertos minerales y productos agrícolas básicos cuyo envilecimiento pone en peligro el desarrollo de economías más débiles perturbando, por ende, la vida política y social”*.

La conferencia económica que acaba de clausurarse en Bogotá, significa un comienzo de reacción que España observa con esperanza. Nos parece importante, sobre todo, el espíritu de la reunión en la que tanto los Estados Unidos como los países iberoamericanos han mirado a la cara de los problemas con sinceridad, reconociéndolos en toda su magnitud y proponiendo medidas de alcance continental. Igualmente importantes, por ello, nos parecen la fundación del Banco Interamericano de Desarrollo, el establecimiento del Mercado Común Centroamericano y el Pacto de Montevideo para la Zona de Libre Comercio.

Es evidente, sin embargo, que el principal resorte de un desarrollo económico está dentro del propio país y que una política auténticamente dinámica deberá basarse en la explotación al máximo de los recursos propios y en el esfuerzo y sacrificio de los pueblos, sin confiarlo todo a una posible ayuda exterior. No obstante, dicha ayuda, que me atrevería a decir es debida en justicia, no sólo sería conveniente, sino necesaria, pues únicamente contando con ella podrían nuestros países alcanzar el adecuado ritmo de crecimiento en sus economías nacionales, rescatando el tiempo perdido por anteriores inhibiciones.

España, por su parte, se encuentra decididamente a vuestro lado y desea prestar toda su ayuda. No os podemos ofrecer capital, pero sí podemos y lo hacemos, solicitarlo para vosotros, recordándoos siempre en nuestras propias negociaciones. El 14 de enero de este año, en la reunión de la OECE en París, hube de reclamar “*en nombre de España, con especial calor, cuantas medidas puedan favorecer el desarrollo económico de los pueblos iberoamericanos, íntimamente ligados a Europa por tantos conceptos. Sería necesario no sólo favorecer el progreso de su industria naciente, sino ayudarles también a salvar las crisis periódicas de los mercados de sus productos básicos que para muchos de ellos constituyen la riqueza fundamental*”. Antes, en Bonn, en el mes de noviembre de 1959,

España solidaria.

con ocasión de una ceremonia solemne a la que asistían las más altas autoridades alemanas y como remate a una serie de conversaciones diplomáticas, dije: *“España, en esta hora europea, no olvida su destino también americano, no abandona su preocupación por América, esa “magna Europa” del otro lado del Atlántico, contrapunto de nuestra cultura y campo inmenso abierto a egregias y fructíferas creaciones del espíritu.”* En Londres, en viaje oficial reciente, insistí en la preocupación española por los problemas que acucian a la comunidad hispanoamericana. Y en vuestro propio Continente, en Wáshington, decía en marzo próximo pasado: *“Creemos que Iberoamérica se encuentra en un decisivo momento de su historia”... “España participa de las inquietudes iberoamericanas y cree absolutamente imprescindible y urgente comprender las necesidades y aspiraciones de aquellos pueblos. Ignorar la realidad o enfrentarse a ella con una inercia mental hoy enteramente anacrónica, sería probablemente muy peligroso. No hacer justicia a sus aspiraciones, tratar a esos países sin generosidad y respeto, sería una grave estupidez cometida con uno de los bloques de naciones que más futuro tienen en el mundo.”*

Al lado de esta preocupación por vuestros intereses, os ofrecemos también el caudal, nunca extinto y ahora renovado con fuerza creciente, de nuestra emigración. Esa apor-

tación humana es la mejor inversión que España ha hecho en América desde la Independencia y todos sabéis que constituye un elemento esencial en vuestra economía. Nuestra emigración, que se cifra en millones de seres, tiene, además, una valoración concreta, que en algunos recientes estudios económicos se trata de estimar.

La inmensa tarea que Iberoamérica tiene delante de sí no podrá ser llevada a cabo si falta una cosa: unidad. Que no haya entre vosotros ningún vigor, ninguna voz dispersa, rompiendo la solidaridad necesaria. Si la gran construcción política ideal que imaginó Bolívar, no pudo desgraciadamente ser hecha realidad en su tiempo, ella se os ofrece todavía como un incitante programa de dimensión continental al que dediquéis vuestros esfuerzos, con la seguridad de que en él reside la mayor esperanza de vuestro futuro.

La unidad necesaria.

Pero una política de unidad tiene que estar apoyada al mismo tiempo, en un respeto profundo a las soberanías nacionales, a las características de cada país y, en suma, al principio concreto de la no intervención, de tan honda raigambre americana. Mientras no aparezcan, por un proceso de posterior madurez, nuevas instituciones integradoras, cualquier medida que contradiga esta política de la unidad en la variedad y pretenda inmiscuirse en los asuntos inter-

nos de los demás, podrá producir efectos contradictorios y perjudiciales reacciones emocionales.

En lo que a nosotros toca, España desea mantener esa política de unidad, comprensión y respeto con la máxima firmeza. Entendemos la comunidad hispánica como algo que ha superado los avatares del tiempo. No nos ligamos a la temporalidad de un régimen o de un gobierno, sino a lo que es de hoy, de mañana y de siempre: al ser permanente de la Hispanidad.

Amistad permanente y no intervención.

Es precisamente esa regla de oro de nuestra política exterior, es decir, el sentido de lo permanente y la no intervención en los asuntos de los demás, la que nos ha dictado nuestra actitud al procurar no hacer nada irreparable en graves ocasiones recientes en que, habiendo sido tratados con desconsideración, cualquier medida violenta podría haber parecido justificada. No faltaron incitaciones para ello, pero no cedimos en nuestra postura. Nos importaba la continuidad de nuestra amistad, no lo accesorio de una irritación. Estamos seguros de que, esperando con dignidad y paciencia, la invariable y leal amistad española hacia todos y cada uno de los pueblos de nuestra estirpe será reconocida. Creemos que éste y no otro ha de ser el espíritu que debe presidir las relaciones entre todos los pueblos hispánicos.

Acabamos de recibir esperanzadoras pruebas de que, por debajo de circunstanciales diferencias, existe en Hispanoamérica un hondo e irrenunciable sentimiento de unidad que sólo necesita ser potenciado al máximo. Primero fué la unánime solidaridad, la urgencia entrañable con que acudisteis, solícitos, a remediar la catástrofe que había asolado Chile, ese amado país cuyo dolor todos hemos hecho nuestro y cuya desgracia nos ha convocado a probar espontáneamente nuestra inquebrantable fraternidad.

Pruebas de
hermandad.

Después ha sido el reciente Congreso de las Academias de la Lengua, en Bogotá, en donde se ha expresado la preocupación de una enorme comunidad por el cuidado y defensa de un tesoro perteneciente al patrimonio cultural común: el idioma de todos, la lengua que Nebrija y Andrés Bello trabajaron; ese vehículo prodigioso del espíritu que nos une a través de la distancia.

La iniciativa de los Congresos de Academias no es española. Todos se la debemos a Méjico, único país que hoy no está entre nosotros, aunque siempre lo consideramos presente en nuestro afecto. Méjico así nos prueba, en primer lugar, que ninguno de nosotros falta, en definitiva, a la gran cita de nuestros intereses comunes y, después, que la comunidad hispánica no tiene ni pretende tener capital, pues la capital está allí donde haya un país hispánico.

Esta múltiple presencia de la conciencia común, esta especie de ubicuidad del ser hispánico, asimismo nos la testimonia ahora el senador Cuenco, cuya palabra elocuente acabamos de oír, y que en su lejana patria, Filipinas, baluarte cristiano en el mundo oriental, ha hecho una vigorosa defensa de la lengua española. Me complazco en citar estos ejemplos porque, en la hora crítica que vive Hispanoamérica frente a su destino en juego, son una enseñanza que puede sernos útil.

Por otra parte, los acuerdos de doble nacionalidad que hubimos de firmar en su día con Chile, Perú y Paraguay, florecen lentamente, marcando otro vínculo más. Filipinas también aquí ha respondido a ese sentimiento que cristaliza en decisiones concretas y viene a unirse a ellos, como una parte más del todo, levantando con brío y valor su voz en las Naciones Unidas para decir, por medio de su Embajador Delgado y en un lugar donde toda historia colonial merece repulsa, que *“por encima de todo, fué España la que dió a los habitantes de nuestras siete mil islas, que hablaban una multitud de idiomas, un sentido de identidad nacional. La nacionalidad filipina se forjó así en el fuego del espíritu colonizador de los conquistadores españoles, y cuando este fuego comenzó a apagarse fué el turno del nacionalismo filipino de surgir y florecer victorioso”*.

Es importante recordar estas frases generosas y llenas de conciencia del propio ser histórico, cuando se pretende mirar hacia el futuro. Revelan una preocupación por la herencia cultural que hemos recibido, herencia enriquecida por las aportaciones de todos y fundamento el más firme de cualquier acción a la que pretendamos dar una trascendencia. Ese patrimonio, que crece con la historia y que define nuestro modo de ser, en nada se opone a ninguna tendencia nacional por viva y moderna que pueda parecer. Pues está abierto hacia el futuro con esa capacidad de avizorar el porvenir con que han cruzado nuestra historia muchos egregios precursores del genio hispánico.

Precisamente aquí, junto a nosotros, en esta misma Iglesia de San Francisco, yacen los restos de Raimundo Lulio, que acertó a ser un hombre de su tiempo.

El mensaje y la lección lulianos.

Ramón Llull, deja con su obra filosófica una clara huella en el pensamiento occidental, contribuye en forma eminente, con su aportación literaria, a la configuración de la noble lengua catalana, y con su espíritu evangelizador es el gran campeón de la libre conversión de todas las gentes a la fe de Cristo. Esta inmensa figura de nuestro siglo XIII fué, en definitiva —como ha podido decir un gran historiador—, “*el Quijote del Gótico*”, el arquetipo de aquella época unitaria.

Lulio, en efecto, como Leibnitz —según la fórmula feliz de Eugenio D'Ors— “*se define espiritualmente por la pasión, por la impaciencia, por el tormento de la unidad*”.

Perdonadme si mi dedicación al Derecho y a la Política internacionales me incitan a subrayar muy brevemente la preocupación armonizadora y unitaria que conduce a este místico, filósofo y poeta a ser el ideador afortunado de toda una teoría de la paz y, por lo tanto, de su sistematización institucional.

Concepción
de la paz.

Debemos al Doctor Iluminado, merced singularmente a la utopía política de su “*Blanquerna*”, una anticipación puntual y fundamentada de las presentes y todavía imperfectas formas de organización supranacional. Lulio no entendía la paz como una premisa, sino más bien como el resultado que aflora de la concordancia general. Sólo creía posible un orden pacífico en el plano internacional, cuando se hubiera logrado una armonía en el ámbito de las relaciones privadas y en la vida pública de cada país.

La paz entre los pueblos no es, por eso, según el acertado y actualísimo concepto luliano, algo inmediato, superficial y en algún modo negativo. No estriba sólo en el hecho de que no haya guerra, sino que ha de ser fruto de una labor constante y progresiva que apacigüe, primero, las tensiones sociales dentro de cada nación y que luego

tienda puentes de comprensión entre unas y otras para poder alzar de modo estable el edificio de la paz.

En su "*Arbol de la Ciencia*" define Lulio la paz como concordancia y la guerra como contrariedad, propugnando que la esencial unidad del género humano se traduzca en una comunidad de fines que haga imposible toda división radical. Este utópico pensamiento es sin embargo compatible en la mente luliana con una doctrina realista para la organización y la defensa de un pacífico orden internacional.

Prescribe Lulio, en el libro IV del "*Blanquerna*", las condiciones de la paz. Traza ante todo las líneas maestras para un acercamiento espiritual entre los pueblos: Propagar, en primer término, una actitud psicológica favorable a la paz; reducir a unidad la dispersión de lenguas; valorar la función pacifista de las Universidades y del intercambio de conocimientos científicos; promover la seguridad de los viandantes como medio de relación y entendimiento de país a país; y procurar, en fin, como Lulio dice literalmente: "*que por la comunicación de unas naciones con otras hubiere caridad y concordancia entre ellas...*"

Especialmente en algunas páginas del citado libro IV del "*Blanquerna*" y del "*Liber de fine*", afrontaba Ramón

Llull, hace siete siglos, el problema propiamente político de la organización de la paz. Afirma a este respecto que es necesario crear intereses y suscitar empresas que sean comunes a aquéllos que han de mantener entre sí una relación pacífica y estable; recomienda también la moderación de las ambiciones de cada pueblo, señalando que se debe ceder y renunciar, cuando sea preciso, "*porque más apreciable es la paz*" que los bienes materiales que a su costa se puede ganar.

**Un precursor de
las Naciones
Unidas.**

Pero hay un pasaje de Raimundo Lulio —comentado hace muchos años por el Profesor Puigdollers— en el que, con genial avance de siglos sobre la mayor parte de los teorizantes del arbitraje y de las organizaciones interestatales, se describen con sorprendente precisión formas institucionales de rango supranacional que sólo en nuestros días están empezando a dar sus primeros pasos vacilantes.

Blanquerna, el protagonista de la novela luliana, es elegido Papa y tiene ante sí, para hacer realidad sus teorías pacifistas, todo el ancho campo de la Cristiandad: "*Que los mensajeros —dijo el Papa Blanquerna— procurasen saber e inquirir entre las Repúblicas, cuál de ellas tenía quejas y agravios de otra; y que después él trataría, como cada Potencia anualmente viniese a un lugar señalado, donde concurriesen todas las demás Potencias; para*

que según forma de Capítulo o Congreso se tratase allí de amistad y corrección de unas a otras y que se estableciese entre ellas una pena pecuniaria contra la que no quisiese convenir a las resoluciones de los Definidores de aquel Capítulo. Y por esta ordenanza, dijo el Papa, podrán las Repúblicas reducirse a la Paz y concordia.”

El testimonio de Blanquerna —máscara que Lulio se puso a sí mismo— clama contra nosotros, porque han pasado siete siglos y no hemos logrado todavía esa paz justa, firme y ordenada que él salió a predicar a sus coetáneos desde esta misma isla, para cruzar el Mediterráneo, de Barcelona a Damasco, de Montpellier a Túnez, enhebrando con su entusiasmo evangélico el cintillo de ciudades de las que fué vecino y en las que dejó encendido el fuego de su espíritu.

Creo que todos estos pensamientos tienen aquí, en Palma de Mallorca, la vieja *ciutat* del reino balear, una especial significación. Les otorga sentido trascendente el espíritu de esta tierra, signada también, como todas las tierras de España, por un enardecido destino americano. Mallorca, que en los inquietos finales de la Edad Media, cuando las atarazanas del Mediterráneo bullían con el presentimiento de América, daba marinos para las primeras expediciones atlánticas y a la ciencia náutica le ofrecía los mejores cartógrafos de Europa, entre los cuales estaba

El espíritu de
Mallorca.

aquel Jaume el Mallorquín, quien en la célebre Escuela de Sagres fué el consejero del Infante Don Enrique el Navegante, el genial portugués que abrió nuevos mundos a la civilización y a cuyas conmemoraciones España se acaba de asociar cordialmente.

La gloriosa sombra de Fray Junípero.

Recordemos también que está sobre nosotros, con el gran peso de la Historia, una sombra breve y físicamente ingrávida: la sombra de un frágil y heroico mallorquín a través del cual España lanzó sobre América los últimos destellos de su luz misionera y civilizadora. Hablo, claro está, de Fray Junípero Serra, apóstol de California que en el ocaso del Imperio español y al tiempo en que nuestros marinos —Ezeta, Pérez, Malaspina, Cuadra— subían las costas de las Californias hasta el norte de Alaska en los últimos periplos descubridores de España, dejaba la huella dolorida y tenaz de su sandalia franciscana sobre las tierras del Oeste americano. Fray Junípero, evangelizador y colonizador, dió a aquellas tierras no sólo una religión y docenas de nombres españoles, sino también un nuevo paisaje en el que el naranjo, el olivo y la vid, junto a los patios umbríos y los pórticos barrocos de las misiones, coronados de un blanco campanario, reproducen, bajo el sol de América, el paisaje mediterráneo de esta Isla de Mallorca.

Fray Junípero fué uno de los últimos frutos que Es-

pañía le dió a América. Tal vez para probar la permanente juventud de España, nació aquí, en la isla antigua, en donde se habían condensado tantas fuerzas que venían del fondo de aquella rica y fecunda Edad Media española que habría de fructificar intensamente en América, a través de los siglos. Edad Media trabajadora, guerrera y creyente, simbolizada hoy en las frágiles columnas como palmeras de la Lonja del Mar, en las almenas robustas del castillo de Bellver y en la nave transparente de la Catedral, encendida como un fanal de luz mediterránea.